

HISTORIA DE AL-ÁNDALUS.

HISTORIA DE AL-ANDALUS

Al-Andalus fue una civilización que irradió una personalidad propia tanto para Occidente como para Oriente. Situada en tierra de encuentros, de cruces culturales y fecundos mestizajes, al-Andalus fue olvidada, después de su esplendor, tanto por Europa como por el universo musulmán, como una bella leyenda que no hubiera pertenecido a ninguno de los dos mundos. Estas son las etapas cruciales de sus ocho siglos de existencia.

1. El emirato y el califato omeya

Al-Andalus, tierra de los vándalos, en árabe. Así se conoce la zona de ocupación musulmana en la Península Ibérica, que abarcó desde el siglo VIII hasta finales del XV y llegó a comprender gran parte del territorio español. La extensión del Estado islámico llamado al-Andalus varió, pues, a medida que se modificaban las fronteras y, tanto hispano-musulmanes como castellano-aragoneses avanzaban conquistando territorio.

La pujante civilización islámica de Oriente pronto se desbordará hacia Occidente: el Magreb, España, y hasta parte de Italia y Francia. Durante el siglo VIII, y a través del norte de África, penetraron en la península una serie de grupos y familias nobles árabes venidas del este, y de grupos bereberes procedentes del Magreb, que paulatinamente se asentaron en tierras de al-Andalus. Ello no significó una ruptura total con la cultura entonces imperante, la hispanogoda. Antes bien, ambas se entroncaron dando un resultado muy peculiar y autóctono, deslumbrante, que diferenció notablemente el Islam occidental del oriental.

La fusión entre árabo-bereberes e hispanogodos se produjo en un principio sin grandes traumatismos y con la naturalidad que sólo el tiempo y la cotidianeidad a veces procuran.

Durante la segunda mitad del siglo VIII se produjo una seria escisión en el imperio musulmán. Una ruptura dinástica que terminó con los omeya que gobernaban en Damasco, para entronar a los abasíes, que se asentaron en Bagdad. Un príncipe omeya huido de Damasco, **Abderrahman I**, penetraría en al-Andalus formando un nuevo Estado con base en Córdoba: el **emirato**, independizándose de la política bagdadí.

Ocho emires se sucedieron del 756 al 929 en una época brillante culturalmente –aunque oscurecida con diversos levantamientos muladíes y mozárabes– hasta que **Abderrahman III** decidió fundar un **califato**, declarándose Emir al-Muminin (príncipe de los creyentes), lo cual le otorgaba, además del poder terrenal, el poder espiritual sobre la umma (comunidad de creyentes).

Este califa, y su sucesor **al-Hakam II**, supo favorecer la integración étnico-cultural entre bereberes, árabes, hispanos y judíos. Ambos apaciguaron a la población, pactaron con los cristianos, construyeron y ampliaron numerosos edificios –algunos tan notables como la Mezquita de Córdoba– y se rodearon de la inteligencia de su época. Mantuvieron contactos comerciales con Bagdad, Francia, Túnez, Marruecos, Bizancio, Italia, y hasta Alemania.

2. Reinos de taifas y dinastías norteafricanas

Sin embargo, no todos los sucesores de estos brillantes califas siguieron tan acertada política, sino que dejaron desbocarse al caballo del poder. Tras veintidós años de fitna (ruptura, o guerra civil) se abolió por fin el califato. Corría el año 1031.

Los hábitos secesionistas y rebeldes surgieron de nuevo con gran fuerza; la división y la descomposición se impusieron en al-Andalus. Todas las grandes familias árabes, bereberes y muladíes, quisieron hacerse con las

riendas del país o, al menos, de su ciudad, surgiendo por todas partes **reyes de taifas**, muluk al-Tawaif, que se erigieron en dueños y señores de las principales plazas. Este desmembramiento supuso el comienzo del fin para al-Andalus, y ante semejante debilidad, el enemigo cristiano se creció, organizándose como nunca antes lo hiciera para combatir a los musulmanes. La primera gran victoria sobre el Islam peninsular la protagonizó **Alfonso VI** cuando, en 1085, se hizo con la importante ciudad de Toledo.

La unidad étnico-religiosa lograda hasta el momento también se resintió, surgiendo mercenarios, tanto musulmanes como cristianos (veáse el Cid), dispuestos a luchar contra sus propios correligionarios con tal de mantener determinadas situaciones de poder. Sin embargo, en esta época surgieron relevantes figuras en el campo del saber, y, en una constante emulación de los lujos orientales, se construyeron suntuosos palacios, almunias y mezquitas, y se celebraron las fiestas más comentadas, fastuosas y extravagantes de la Cuenca Mediterránea.

Mientras, a finales del siglo XI, en el Magreb occidental, hoy Marruecos, surgió un nuevo movimiento político y religioso en el seno de una tribu bereber del sur, los Lamtuna, que fundaron la **dinastía almorávide** (ver Ruta de los Almorávides). En poco tiempo, su actitud de austeridad y pureza religiosa convenció a gran parte de la desencantada población, y con su apoyo emprendieron una serie de contiendas logrando formar un imperio que abarcaría parte del norte de África y al-Andalus, que a través del rey sevillano **al-Mutamid**, había pedido su ayuda para frenar el avance cristiano. Encabezados por Ibn Tashfin, penetraron los almorávides en la península, infligiendo una seria derrota a las tropas de Alfonso VI en Sagradas. Pronto conseguirían acabar con los reyes de taifas y gobernar al-Andalus, no sin cierta oposición de la población, que se rebelaba contra su talante puritano y su rigidez. Algo que no le iba nada al hedonista y liberal pueblo andalusí. A pesar de todo, la nueva situación supuso un nuevo incremento del bienestar social y económico.

Los cristianos obtuvieron mientras tanto importantes avances, conquistando **Alfonso I** de Aragón Zaragoza en 1118. Al mismo tiempo, los almorávides veían amenazada su propia supremacía por un nuevo movimiento religioso surgido en el Magreb: el **almohade**.

Esta nueva dinastía se generó en el seno de una tribu bereber procedente del corazón del Atlas que, encabezada por el guerrero **Ibn Tumart**, pronto se organizó para derrocar a sus predecesores, esgrimiendo parecidos argumentos de pureza y vivificación religiosa. También desde Marrakech, gobernaron y se hicieron con las riendas de al-Andalus, dotándolo de cierta estabilidad y prosperidad económica y cultural. Fueron grandes constructores y también se rodearon de los mejores literatos y científicos de la época. Sin embargo, al igual que los almorávides, terminaron por sucumbir ante la dejadez espiritual y el relajamiento de costumbres que casi siempre caracterizó a al-Andalus.

3. La dinastía nazarí

Cuando ya parecía todo perdido y el avance castellano era imparable, haciéndose **Fernando III** con una gran parte de las ciudades andalusíes en el siglo XIII, surgió en Jaén una nueva dinastía, la nasri (nazarí), fundada por **al-Ahmar ibn Nasr**, el célebre Abenamar del romancero, que habría de procurar un nuevo respiro a los musulmanes. Asentado en la ciudad de Granada, su reino abarcaba la región granadina, almeriense y malagueña, y parte de la jiennense y la murciana. Oprimido desde el norte por los reinos cristianos, y desde el sur por los sultanes meriníes de Marruecos, los nazaríes establecieron un reino basado en lo precario y la inestabilidad. A pesar de todo, Granada fue una gran metrópoli de su tiempo que acogía a musulmanes de todos los confines, y en la que se levantaron suntuosos palacios –la Alhambra, nada menos–, mezquitas y baños públicos. Siguió asombrando a propios y a extraños hasta que en 1492 y, tras varios años de intrigas palaciegas y escaramuzas con los castellano-aragoneses que acechaban sus fronteras, el rey **Boabdil**, Abu Abd Allah, capituló ante los **Reyes Católicos**, entregándoles Granada. Lo que sigue a continuación tiene todos los tintes de un drama pues, si bien las condiciones de capitulación eran generosas por parte de los vencedores, poco tardaron en ser ignoradas y comenzó una persecución y aculturación sin tregua de los moriscos que quedaron bajo dominio cristiano, hasta que tuvieron lugar las últimas expulsiones masivas de

CRONOLOGIA BASICA DE AL-ANDALUS

- 622 Huida o emigración (Hégira) de Mahoma a Medina. Comienzo del calendario musulmán.
- 711 Tarik, lugarteniente del gobernador del norte de África Musa ben Nusayr, sale de Tánger a la cabeza de un ejército de 9.000 hombres y desembarca en Gibraltar (Yebel Tarik). La ocupación de la península se realiza en cinco años.
- 718 Posible fecha de la batalla de Covadonga, que marca el comienzo de la resistencia astur.
- 720 Se reconstruyen las murallas y el puente romano de Córdoba, y se funda el primer cementerio musulmán.
- 756 Abderrahman I, último omeya de Damasco superviviente de la persecución a la que fue sometida su familia, llega a la península y ocupa Córdoba. Establece una dinastía que gobernará al-Andalus hasta el 1031.
- 784 Comienza la construcción de la Mezquita de Córdoba.
- 822 El sucesor de al-Hakam I, Abderrahman II, trae un período de prosperidad a al-Andalus. Se amplía la Mezquita de Córdoba y se crean otras en Jaén y Sevilla.
- 831 Fundación de Murcia.
- 844 Incursión de los normandos en Lisboa, Sevilla, Cádiz y Sidonia.
- 851 Se levantan en Córdoba los mozárabes.
- 879 Alzamiento del muladí Umar ben Hafsun contra el emirato omeya.
- 929 Abderrahman III se proclama Príncipe de los Creyentes y se independiza de Bagdad. Comienza el califato de Córdoba.
- 936 Comienza la construcción de la ciudad de Madinat al-Zahra.
- 955 Fundación de Almería.
- 961 El sucesor de Abderrahman III es al-Hakam II, rey erudito que crea una biblioteca de más de cuatrocientos mil volúmenes.
- 997 Campaña contra Santiago de Compostela a cargo de Almanzor.
- 1031 Con la caída de la dinastía omeya, comienzan a surgir reinos independientes de taifas en todo al-Andalus.
- 1042 Comienzan las obras del Alcázar de Sevilla.
- 1062 Fundación de Marrakech.
- 1064 Construcción de la Alcazaba de Málaga.
- 1081 Destierro del Cid.
- 1085 Alfonso VI toma Toledo. El rey de Sevilla al-Mutamid pide ayuda a los almorávides, y junto a ellos derrota un año más tarde a los cristianos en Sagrajas.
- 1163 Sevilla, capital de al-Andalus.
- 1184 Comienza a construirse la Giralda de Sevilla.
- 1195 Las tropas almohades de Yaqub vencen al ejército cristiano de Alfonso VIII de Castilla en Alarcos.
- 1198 Muere el cordobés Averroes, traductor de Aristóteles.
- 1212 Los ejércitos aliados de Castilla, Aragón y Navarra vencen a los almohades en la batalla de las Navas de Tolosa.
- 1231 Al-Ahmar ibn Nasr, fundador de la dinastía nazarí, es nombrado gobernador de Arjona, su ciudad natal, y poco después extenderá su poder sobre Jaén y Guadix.
- 1236 Córdoba se rinde ante Fernando III de Castilla. Algunos años más tarde caerán Jaén y Arjona (1246), Sevilla (1248) y otras ciudades de al-Andalus.
- 1237 Comienza la construcción de la Alhambra bajo la dirección de al-Ahmar.
- 1314 Comienzan las obras del Generalife.
- 1482 Se inicia la guerra de Granada. Boabdil arrebató el trono a su padre.
- 1487 Tras una lucha encarnizada, Málaga se somete a las fuerzas cristianas.

- 1489 Baeza y Almería se rinden pacíficamente a los Reyes Católicos.
- 1491 Boabdil, último rey nazarí, capitula ante los Reyes Católicos y negocia la entrega de Granada el 25 de Noviembre.
- 1492 El 2 de enero los Reyes Católicos entran en Granada.

ARTE Y ARQUITECTURA DE AL-ANDALUS

Cuando se habla de Arte Islámico no se hace referencia a una manifestación artística que tenga necesariamente por objeto rendir culto a su fe. En realidad, este término se refiere a la unidad creativa de un arte y una arquitectura propios de una civilización de enorme extensión geográfica, que no se limita sólo a una etnia específica, sino que abarca áreas tan diversas como gran parte del África negra, el Magreb, Indonesia, el Golfo Pérsico y algunas zonas del Cáucaso, Europa, China o India. Bajo este signo de auténtica identidad supranacional, existen muchas diversidades culturales que toman formas locales o regionales.

En los primeros tiempos del Islam surge pronto un arte rico y variado basado en la tradición clásica, en el arte bizantino, en el persa y en el de los pueblos orientales sometidos. Sin embargo, la originalidad de las estructuras arquitectónicas y los motivos ornamentales dan como fruto un arte propio, típicamente musulmán. En todas las creaciones artísticas islámicas se advierte un indiscutible parentesco y vocabulario común.

La **ornamentación** es, sin duda, uno de los aspectos que más han contribuido a la unificación del arte islámico. Los mismos temas decorativos aparecen, tanto en la arquitectura como en las artes suntuarias, con independencia del material, la escala o la técnica empleada. La gran profusión de superficies decoradas hace que las estructuras queden parcialmente camufladas, en un fenómeno que se conoce como horror vacui.

Mediante la repetición de motivos, a menudo geométricos, y la sabia combinación de materiales y texturas, se logra un efecto tridimensional que dota a los edificios de cierto misterio y ligereza. La luz y el agua son elementos indispensables para lograr ese efecto casi irreal. Tanto en los edificios como en los objetos decorativos, la caligrafía, los motivos de estrellas entrelazadas, y los motivos vegetales estilizados, también llamados atauriques, abigarran el espacio en una armoniosa interrelación.

Los motivos figurativos aparecen a menudo en los objetos domésticos, contrariando la creencia popular de que la tradición musulmana los prohíbe. Aunque en realidad, si no los prohíbe, ciertamente los desaconseja, ya que la divinidad perdería su carácter trascendental e inmaterial al intentar ser representada; por ello, nunca existen figuraciones en los edificios religiosos. Otro de los elementos decorativos arquitectónicos más característico son los mocárabes, que separan determinados espacios y están conformados de alvéolos semi-esféricos o prismáticos que se repiten y superponen, como en un auténtico enjambre.

Entre las **artes decorativas** hispano-musulmanas, merecen ser destacadas las arquetas y botes de marfil preciosamente tallados, los almireces, pebeteros y grifos en bronce, los objetos de madera tallada, los ataifores, lebrillos, jarras y jofainas de cerámica vidriada, las pilas de abluciones y cipos lapidarias de mármol, la orfebrería en oro, los tejidos en seda bordada, y los libros encuadernados e iluminados.

En cuanto a la arquitectura, son numerosos los edificios hispano-musulmanes que aún se pueden admirar en España. Entre los de carácter religioso constan las mezquitas. El origen de las mismas fue, al parecer, la casa del propio profeta Mohammed, que presentaba un sector techado y otro a cielo descubierto. Tan sencillo esquema fue gradualmente evolucionando, hasta convertirse en un organismo perfectamente funcional y adecuado para la celebración de la oración de la comunidad.

Casi todas las **mezquitas** –decimos casi porque en al-Andalus se orientaban a veces de manera ligeramente distinta– presentan una orientación hacia la qibla, en la Meca, en cuyo muro existe un mihrab desde el que el imam dirige la oración. También están dotadas de un alminar desde el que el almuédano convoca a la oración cinco veces al día. Otro elemento característico es el patio, o shan, en el cual se encuentra la fuente de

abluciones. El sector cubierto de la mezquita, llamado haram, suele configurarse como una gran sala hipóstila, con naves perpendiculares a la qibla. Las naves extremas se prolongan en ocasiones rodeando el patio. Entre las mayores mezquitas que existieron en al-Andalus sobresale la de Córdoba, y entre las más humildes, la de Almonaster la Real.

Otro de los edificios más característicos del mundo islámico son las medersas, o **madrazas**, destinadas a la enseñanza de las ciencias religiosas y la jurisprudencia. Se articulaban antaño en torno a un patio al que se abrían cuatro grandes salas o iwanes, y sobre el que daban las habitaciones de los estudiantes. Aún se conserva un sector de la madraza de Granada, pero las más espectaculares son las madrazas meriníes de Fez, en especial la Bu Inania.

También de carácter religioso, se levantaban en al-Andalus numerosos **mausoleos** en los que se enterraban a los reyes y los santones. Estaban cubiertos de cúpulas y solían tener planta cuadrada.

En el terreno de la arquitectura militar, cabe mencionar la fortificación de las ciudades mediante **murallas** que presentan torres defensivas a tramos regulares. Suelen estar precedidas por una barbacana, y cuentan con un parapeto almenado. Las puertas de acceso se estructuran a veces en recodo. De gran interés son las murallas de Niebla y las de Sevilla. Las **alcazabas** son también construcciones típicamente defensivas que, en ciertas ocasiones, albergan en su recinto auténticas ciudades residenciales, como es el caso de la de Málaga y la de Almería. Dentro de la arquitectura residencial destacan también los **palacios y alcázares**, algunos tan suntuosos como el de la Alhambra y el de Medina Azahara, Madinat al-Zahra, auténtica ciudad-palacio.

Otra de las características de la arquitectura hispano-musulmana es la gran profusión de baños o hammam, esenciales para la higiene que tanto preconiza el Islam. Derivados de las termas clásicas, están integrados por varias estancias en las que la temperatura varía de forma progresiva. Para ello se distribuye subterráneamente el aire, que se calienta mediante grandes calderas. Ronda y Jaén disponen de magníficos ejemplos.

Y, por fin, no habría que dejar de mencionar las **alcaicerías**, o qisarias, recintos herméticos en el interior del zoco en el que se venden las mercancías más preciadas. Es interesante, en este sentido, la Alcaicería que se conserva, rehecha, en Granada. Las **alhóndigas**, o funduq, se destinaban, en cambio, a almacenar productos y para alojamiento de mercaderes, de ahí la palabra fonda. Aún se conserva un notable ejemplo en Granada: el llamado Corral del Carbón.

EL LEGADO CIENTIFICO Y CULTURAL

Cabe pensar que, en un principio, los árabes eran minoritarios en al-Andalus, siendo los hispanos y los bereberes mayoría. La lengua hablada, por lo tanto, no era el árabe. Sin embargo, a lo largo del siglo IX se produjo una fuerte arabización, asociada, ineludiblemente, a la importancia que tuvo la lengua en la que fue revelado el libro sagrado de la nueva religión, el Corán.

La lengua árabe fue en al-Andalus sinónimo de refinamiento y erudición, a pesar de que casi toda la población también hablaba en romance. No sólo estudiaban árabe los musulmanes, también los propios mozárabes, cristianos que permanecieron bajo dominio musulmán, acabaron expresándose y escribiendo en este idioma. Lo mismo que los judíos, comunidades ambas muy participativas en

la vida pública de al-Andalus. En este sentido, existe un elocuente pasaje de Álvaro de Córdoba quejándose del auge del árabe en el siglo IX: "Muchos de mis correligionarios leen poesías y cuentos árabes, y estudian las obras de los filósofos y teólogos mahometanos, no para rebatirlas sino para aprender a expresarse en el lenguaje árabe más correcta y elegantemente". Algunos de los más relevantes lingüistas de al-Andalus fueron **al-Qali, Ibn al-Qutiyah, y al-Zubaydi**, todos pertenecientes al siglo X.

La educación y el saber tuvieron desde el principio enorme importancia en el mundo islámico, como así lo

demuestran las propias tradiciones recogidas por el Profeta y que fueron seguidas hasta sus últimas consecuencias.

Frases como "Busca el saber desde la cuna hasta la tumba" o "No hay nada más importante a los ojos de Dios que un hombre que aprendió una ciencia y la enseñó a las gentes" son algunas de las máximas más influyentes en la época. Los propios emires y califas, como **Abderrahman II**, **Abderrahman III** y **al-Hakam II**, fueron grandes eruditos que se rodearon de sabios y pusieron la enseñanza al alcance de todo el mundo. Hicieron traducir las principales obras del saber greco-helenístico, crearon bibliotecas públicas y privadas –algunas tan célebres como la de al-Hakam II–, y edificaron mezquitas y madrazas en las que se impartían las ciencias religiosas y la jurisprudencia. Algunos fueron excelentes poetas, como el propio rey **al-Mutamid** de Sevilla, y su amigo y visir **Ibn Ammar**.

Se dedicaron numerosas obras al estudio del saber y la enseñanza, y a la clasificación de las ciencias, como aquella que escribió **Abd Rabihi** en el siglo X: al-Iqd al-Farid, El collar único. Así se expresaba el autor acerca de los distintos saberes: "(son) los pilares en los que descansa el eje de la religión y del mundo. Diferencian al hombre de los animales, y al ser racional del irracional". También el célebre **Ibn Hazm** (994–1064) dedicó numerosas páginas a clasificar las ciencias en libros como el Maratib al-ulum, o Kitab al-ajlak. Este autor ha sido uno de los más prolíficos que ha dado el Islam, destacando como poeta, teólogo, jurista, historiador y filósofo. Cuatrocientas, nada menos, fueron las obras que escribió. Su lengua era tan crítica y mordaz contra el poder y la pobreza de espíritu, que se llegó a decir que "su lengua era tan afilada como la espada de al-Hach-chach". Acerca del saber dijo lo siguiente: "El que busca el saber para jactarse de él, o para ser alabado, o para adquirir riqueza y fama, está lejos del éxito, pues su objetivo es alcanzar algo que no es el saber". Difícil meta.

Otro de los grandes sabios de al-Andalus que se ocuparon de esta materia fue **Said** (m.1070) quien escribió, entre otras obras, el Tabaqat.

La prosa, la poesía y la música

La prosa y la poesía fueron dos disciplinas altamente valoradas por los andalusíes, amantes de la belleza, la estética y la naturaleza. La época de taifas supuso un auténtico caos político, pero también una "descentralización" del saber, que hasta entonces, se congregaba casi exclusivamente en Córdoba. Los reyes compitieron entre sí por lograr el más alto grado de erudición y la corte más sabia, y cultivaron, en especial, la poesía. Uno de los poetas que alcanzaron más alta fama, aparte del mencionado al-Mutamid, fue **Ibn Zaydun** (1003–1071), lo mismo que su amada, la bella princesa **Wallada**. También fueron renombrados **al-Ramadi** (m. 1015) y, siglos más tarde, **Ibn Zamrak**, el poeta del siglo XIV que plasmó sus versos en los muros de la Alhambra. La forma más cultivada y elegante en poesía era la qasida, de complicado metro, aunque también surgieron nuevas formas populares llamadas muwashaha y zéjel, cuyo máximo exponente fue el vividor Ibn Quzman (siglo XII), cuyo renombre llegó hasta Bagdad.

La música nunca fue un género bien considerado por el Islam; no obstante, en al-Andalus proliferaron grandes músicos, entre los que cabe destacar el célebre **Ziryab**, procedente de Bagdad en el siglo IX, quien, además de revolucionar las modas en el vestir, la cosmética y la cocina, fue un magnífico tañedor de laúd, al que agregó una quinta cuerda.

La prosa –sobre todo filosófica– también tuvo buenos representantes, algunos de la talla del gran pensador **Ibn Tufayl**, que destacó con su delicioso Hayy Ibn Yaqzan, también conocido como el Libro del Filósofo autodidacta, sin duda precursor del Robinson Crusoe de Defoe. También destacó el poeta **Ibn Suhayd** (m.1034), con su obra Al-Tawabi wa-l-zawabi, Espíritus y demonios.

La historia y la geografía

Entre los musulmanes de la Edad Media, la historia cobró un especial interés, escribiéndose numerosas obras repletas de interesantes datos históricos, pero también geográficos, sociológicos, y biográficos.

Hay constancia de que existieron numerosos historiadores, geógrafos y antologistas en al-Andalus, aunque muchas de sus obras se han perdido. Entre ellos, surgió una saga de **al-Razi**, entre los que destacó **Isa** (siglo X), que escribió una historia general de al-Andalus, conocida más tarde como la Crónica denominada del moro Rasis. Igualmente valiosa fue la Historia de la conquista de al-Andalus de su contemporáneo **Ibn al-Qutiya**. En el siglo XI, surgieron una serie de notables historiadores como **Ibn Hayyan**, nacido en Córdoba en el 987, erudito autor de numerosas obras que reflejan la sociedad y acontecimientos de su época. Más adelante destacó **Ibn Said al-Magribi**, nacido en Granada hacia 1201, y su contemporáneo **Ibn Idhari**. El siglo XIV contó con dos grandes estadistas y pensadores: el lojeño **Ibn al-Jatib** y el tunecino **Ibn Jaldun**, autor de una obra fundamental de su tiempo: el Muqaddimah.

Finalmente, entre los antologistas, tuvo gran relevancia el sevillano **al-Himyari** y los autores del siglo XII **Ibn Bassam** e **Ibn Jaqan**. Entre los geógrafos, brillaron **al-Udri** (siglo XI),

su contemporáneo **al-Bakri**, **al-Idrisi**, llamado el Estrabón de los árabes (siglo XIV), y el tangerino **Ibn Batuta** –el mayor viajero de su tiempo–, legándonos importantes testimonios de al-Andalus y de muchos otros lejanos lugares del mundo entonces conocido.

La filosofía y el sufismo

En los primeros tiempos del Islam en Oriente, pronto se cultivó la ciencia de la filosofía y la lógica, en un clima de gran tolerancia religiosa e intelectual. En al-Andalus se introdujeron las primeras traducciones al árabe de los filósofos griegos, en especial Aristóteles, y fue surgiendo un pronunciado interés por esta materia que, sin embargo, no era bien vista por las rígidas autoridades religiosas. A menudo se prohibió su estudio y se quemaron las obras de Ibn Hazm, el oriental al-Gazali y Averroes. Los filósofos, sin embargo, sostenían que el intelecto y la razón no estaban en absoluto reñidos con la revelación, y constituían el instrumento más adecuado para alcanzar la verdad. *"La filosofía es amiga y hermana de leche de la religión. No contradice a la revelación, sino que la confirma."* afirmaba Averroes.

El propulsor del estudio de la filosofía fue **Ibn Masarra**, autor del siglo X quien profesaba una suerte de panteísmo. Después surgió **Ibn Hazm** y su contemporáneo malagueño, el hebreo **Ibn Gabirol**, que profesó una filosofía neoplatónica en su Yambu al-hayat. El siglo XII vio florecer a Ibn Bayyah (Avempace), y su discípulo **Ibn Tufayl**, cuya obra, la ya mencionada Hayy Ibn Yaqzan, tuvo una honda repercusión entre los cristianos.

Pero, sin duda, el que más influyó, tanto en el mundo islámico como en toda Europa, fue **Averroes** (Ibn Rushd, 1126–1198), de quien se han conservado varias importantes obras. Contemporáneo suyo fue el eminente filósofo judío **Maimónides** (1135–1204).

Pero, contra esta corriente racionalista, existieron en al-Andalus varios místicos sufíes de la talla de **Ibn al-Arif** (1088–1141) o **Ibn Arabi** de Murcia (1165–1240), quienes sostenían aquella tradición profética que reza: "conócete a ti mismo, y conocerás a tu Señor", pero no desde un punto de vista racional e intelectual sino puramente intuitivo y místico.

Las ciencias naturales

No se puede dejar de mencionar a los grandes sabios de las ciencias naturales, que revolucionaron muchos aspectos de la vida con su saber. Estudiaron las matemáticas, la astronomía, la medicina, la botánica y la agronomía, pero también otras ciencias más reprobadas por la ortodoxia como la astrología, la alquimia y la magia. Se estudiaron con minucia los movimientos de las estrellas y los planetas por medio de sofisticados

astrolabios, se avanzó en el estudio del álgebra y la aritmética, cuyo precursor fue el oriental **al-Jwarizmi** (de ahí logaritmo), y se perfeccionaron, en medicina, las teorías de Hipócrates y Galeno.

En al-Andalus destacaron **Ibn Taimiya** (m. 928) en astronomía y medicina; **Abu Bakr al-Ansari**, que enseñó aritmética y geometría en la corte de al-Hakam II, y el famoso **Maslama al-Mayriti** (m. 1008), llamado el Euclides de España y experto en numerosas disciplinas.

La medicina tuvo su máximo exponente en **Averroes** y los hermanos **Harrani**, que ejercieron bajo el manto protector de al-Hakam II. Y no habremos de olvidar, en este rapidísimo repaso, al botánico malagueño **Ibn-Baytar** (1197-1248) o al agrónomo Ibn **al-Awam**, a quien debemos un exhaustivo y valioso tratado de agricultura, el Libro de Agricultura. Todos ellos influyeron grandemente en la Europa contemporánea y en la posterior, y sus textos fueron estudiados, hasta bien entrado el siglo XVII, por hombres de la talla de Miguel Servet, Copérnico, Nicolás Massa o Galileo.

VIDA COTIDIANA

La vida de un pueblo no se mide sólo a través de sus logros artísticos y científicos, sino, sobre todo, desmenuzando la vida de cada día, las costumbres, las estructuras sociales y la organización.

También en este terreno fue al-Andalus avanzada y culta. Forjó un nuevo tipo de sociedad urbana muy estructurada, al tiempo que revolucionó las tareas del campo, vitalizando la agricultura, y aportando nuevos métodos de cultivo y un sinfín de especies agropecuarias.

El núcleo urbano era la **medina**, de trazado apretado y denso, que, a su vez, se organizaba en dos zonas: la comercial y la vecinal. El **zoco** era un lugar de encuentro, sobre todo masculino, en el que, en medio de un frenético deambular, se sucedían las más diversas transacciones, y también las más insospechadas intrigas. Los oficios y los puestos se extendían por áreas especializadas, en las que se podían hallar las más variadas mercancías. Desde especias y perfumes hasta hortalizas y frutas, carne, tejidos, orfebrería y cerámica. Una estricta serie de normas regían la vida comercial –normas que aún podemos encontrar en los completos tratados de hisba de **Ibn Abdun**–, cuya honradez, no siempre garantizada, vigilaba atento el **almotacén**, inspector del zoco. Al-Andalus estableció una sólida administración y un sistema judicial hartamente complejo. Las compras se efectuaban con dinero contante y sonante, que se acuñaba en la ceca de Córdoba, primero, y de otras ciudades en época de taifas. Dinares, dirhems y feluses eran moneda de pago corriente.

La **mezquita** era también un lugar frecuentado, no sólo para efectuar la oración comunitaria, sino para convocar distintas reuniones de tipo social y vecinal, o simplemente para estudiar con un poco de sosiego, o escapar a los calores estivales entre la umbría del bosque de columnas.

La vida doméstica se desarrollaba fuera del recinto comercial, en los barrios fortificados de la medina que, para mayor seguridad, se cerraba de noche mediante dos puertas y estaba vigilada. Las **viviendas**, austeras y sobrias en su exterior, podían ser muy lujosas en su interior y, en cualquier caso, eran un refugio de paz y confort, muy por encima de lo habitual por entonces en otros lugares del resto de Europa. Organizadas todas en torno a un **patio** –si la familia se lo podía permitir, en él se ubicaba una alberca o, cuando menos, un pozo– las alcobas, salones y la cocina se abrían a este espacio y se distribuían también en torno a la galería superior. El mobiliario era sencillo, apenas unos arcones, una mesa baja de taracea, y algunos altillos y hornacinas en los que depositar un libro o algún adorno de marfil. De dar calidez al entorno se encargaban las esteras y alfombras tupidas de lana, unos mullidos almohadones de seda o lana bordada y un buen brasero.

En toda vivienda existía un "aseo" digno, y el **alcantarillado**, lo mismo que el **alumbrado** de la ciudad, se distribuía mediante una red perfectamente organizada. Algo extraordinario teniendo en cuenta que hablamos de los siglos IX y X.

Los **baños** públicos eran muy numerosos. Tanto, que en la Córdoba califal llegaron a existir más de seiscientos. En ellos, los clientes no sólo se lavaban, se relajaban y se dejaban masajear enérgicamente. Allí, con una simple toalla por vestido, todos eran iguales y se trataban como tal. La tarde estaba destinada al turno de las mujeres, que se acicalaban, charlaban e incluso merendaban. Pasta depilatoria, alheña (henna), aceite de violetas, perfume de almizcle y jazmín, jabón arcilloso para el cabello, antimonio para realzar la mirada (kohl), corteza de nuez para tinter labios y encías..., constituían un auténtico arsenal **cosmético** para el cuidado y la belleza de la mujer andalusí.

En la **cocina**, esta refinada mujer se hacía virtuosa, y se esmeraba preparando riquísimos alfajores y pestiños, albóndigas con comino, gachas de carne y sémola, cuscús, empanadas de guisantes y merluza, pescado al cilantro verde o berenjenas rellenas.

Y es que la **huerta** floreció en tiempo de moros como nunca antes lo hiciera, llenándose de nuevas hortalizas como la berenjena, la alcachofa, la endibia, el espárrago..., y nuevas frutas como la granada, el melón, la cidra y los albaricoques. Entre ellos, las flores rezumaban fragancia y color: crecían el alhelí, la rosa, la madreselva y el jazmín. Las **acequias** corrían apresuradas y las **norias** chirriaban cargadas de agua clara.

Se mejoró la técnica de los injertos, y se crearon jardines botánicos con fines medicinales junto a los hospitales, que también los había.

La **educación**, como antes veíamos, era un bien muypreciado por los musulmanes, que se preocuparon, desde las instancias oficiales, de garantizar y desarrollar. El estudiante podía acudir a la mezquita o la **madraza** y recibir la enseñanza que él eligiese, siempre, claro está, que ya dominase los textos sagrados y las ciencias teológicas. Cuando el alumno procedía de familia acomodada, un tutor se encargaba en su propio domicilio de su enseñanza privada.

GLOSARIO

Términos árabes o de origen árabe.

Alarife, al-arif, maestro de obras.

Albanega, al-baniqa, paramentos triangulares a los lados de un arco.

Albarrana, al-barrana, torre levantada fuera de los muros fortificados, que servía de defensa y control.

Alcaicería, al-qisariya, barrio con tiendas.

Alcazaba, al-qasbah, recinto fortificado.

Alcázar, al-qasr, fortaleza, casa Real.

Alhóndiga, al-funduq, casa pública destinada a la venta y compra del trigo.

Aljama, al-yami, mezquita de la oración del viernes.

Almogávar, al-mugawir, en la milicia antigua, soldado de una tropa escogida que hacía correrías en tierras de enemigos.

Almotacén, al-muhtasib, persona que se encargaba oficialmente de contrastar las pesas y medidas.

Almuédano, al-muaddin, persona que desde el alminar convoca a la población musulmana para orar.

Almunia, al-munya , huerto, granja.

Ataurique, at-tauriq, ornamentación árabe de tipo vegetal.

Califa, jalifa, príncipe árabe que ejercía el poder espiritual y civil.

Cora, kura, división territorial dentro de al-Andalus.

Emir, amir, príncipe o caudillo árabe.

Haram, sala principal de la mezquita.

Hisba, estudio normativo de organización social.

Imam, musulmán que dirige la oración.

Iqlim, división administrativa en la España musulmana.

Madraza, al-madrasa, escuela musulmana de estudios superiores.

Maristan, hospital árabe.

Medina, al-madinat, centro urbano de una ciudad musulmana.

Mihrab, nicho orientado hacia la Meca desde el que se dirige la oración de los musulmanes.

Mocárabe, al-muqarbas, labor formada por la combinación geométrica de prismas acoplados; se usa como adorno de bóvedas.

Morisco, musulmán bautizado que, al acabar la conquista, se quedó en España.

Mozárabe, mustarab, cristiano que permaneció como tributario en la España musulmana, conservando su organización eclesiástica, judicial y su religión.

Mudéjar, mudayyan, musulmán al que se permitió vivir bajo dominación cristiana como tributario, conservando su religión.

Muladí, muwaladi, hispano cristiano que abrazó el Islam durante la dominación musulmana.

Qanat, conducción subterránea de agua.

Qibla, alquibla, punto del horizonte y muro de una mezquita hacia el que los musulmanes se dirigen cuando rezan.

Rábida, rabita, fortaleza militar y religiosa musulmana.

Sebka, motivo ornamental típicamente almohade que imita a una red o enjambre.

Sufi, de suf, lana. Místico musulmán.

Taha, taa, comarca, distrito.

Taifa, taifa, cada uno de los reinos en que se dividió al-Andalus al disolverse el califato.

Wali, valí, gobernador de una provincia en el Estado musulmán.

Zahoya, escuela de teología y mística musulmana.

Zéjel, zayad, composición estrófica de la métrica española de origen árabe.